

floreamiento de la vida local y regional sin trabas injustas!

La misión del Estado es estimular las energías sociales, pero no matarlas, ni suplantadas. No es la suya obra de arquitectura que trabaja sobre cuerpos inertes, haciendo con éstos construcciones simétricas con arreglo a previo plan, sino dirección y fomento de seres vivos, semejante a la obra del agricultor, que tiene que respetar las leyes del mundo vegetal y colaborar con las energías vitales de las plantas, que él no ha creado.

Algunos creen necesario el centralismo para dar mayor intimidad y cordialidad a los elementos que integran el cuerpo nacional; pero esto es un grave error. El centralismo exagerado conduce a todo lo contrario, porque al pasar el rodillo nivelador y cohibir las espontáneas manifestaciones de la vida regional, oprime, y al oprimir, irrita y separa, convirtiéndose así el uniformismo en causa de disgregación. Lo único que enlaza sólidamente a los pueblos son los ideales comunes, sin los cuales las naciones degeneran en rebaños.

Hay otros que combaten el regionalismo por creer que se opone a la concepción moderna del Estado, que necesita ser cada día más intervencionista, dados los caracteres de la vida social y económica contemporánea. No hay tal conflicto; porque no se trata de despojar al Estado de funciones que le corresponden como Estado sino de que devuelva a sus dueños las que tiene usurpadas a regiones, corporaciones y municipios. Estas funciones le están para el mejor ejercicio de las específicamente «estadísticas». Siendo menos usurpador de funciones ajenas, quedará más apto y libre para las suyas propias. No es parojoja; la disminución de funciones robustecerá la acción del poder central, porque no es fuerza, sino debilidad, la congestión que hoy padece.

Un caso de autofagia.

Todo esto es la evidencia misma, y, sin embargo, el Estado español, desde hace siglos, viene siendo absorbente y centralista. Esta política, de la que es funesto representante el conde duque de Olivares, no supo impedir la separación de Portugal, y estuvo a punto de ocasionar la pérdida definitiva de Cataluña.

Es una política suicida, porque como una nación no tiene más fuerzas que las que están diseminadas por todo el Cuerpo social, si el Estado las cohibe y mata, comete un crimen de «autofagia»: es un ser que se devora a sí mismo.

Hay que cambiar de rumbos y abrazar resueltamente una política de respeto y fomento de las iniciativas sociales y de la vida local, política que algunos llaman regionalista; pero que sólo imperfectamente puede designarse con este nombre, porque es eso y es más que eso. Yo la llamaría política armónica y política biológica, es decir, de fomento de seres vivos, para que el Estado no sea un soberano sin soberanía, por reinar sobre cadáveres.

Castilla y el regionalismo

Ningún sitio más apropiado para defender esta política que la región castellana, a la cual se ha calumniado, atri-

buyéndola la representación del centralismo, del cual ha sido ella la primera víctima. Castilla personifica la unidad; pero no la unificación opresora. Lejos de oprimir a las regiones hermanas, se ha sacrificado siempre por todas.

Tiene, además, una historia brillante, representada en sus municipios libérrimos de la Edad Media, en sus Cortes y en el vibrante alzamiento de las Comunidades.

La política uniformista no es castellana ni española, sino de importación extranjera. Nada más reñido con el carácter castellano, esencialmente liberal y democrático, que es política absorbente y niveladora, que es de abolengo cesarista. Al matar la libertad de las personas colectivas, reduce a la nada la libertad individual, que sin aquélla es un mito.

Por eso Castilla ve con simpatía el renacimiento de la vida regional que hoy se observa en España.

Pero si funesta ha sido para España la centralización opresora, no lo sería menos el espíritu excesivamente localista. Las regiones deben ser órganos o miembros vivos; pero ni son más que esos: miembros, partes del todo armónico y subordinados a la vida superior del conjunto. Esta subordinación, lejos de rebajar a las naciones, las enaltece, porque las hace partícipes de la fuerza del total organismo, en el cual y con el cual alcanzan una vida superior. Por eso más que subordinación, es elevación.

Salamanca no podrá resolver su problema docente sino dentro y en relación con el problema nacional de la instrucción pública.

La hora presente y la educación nacional

El Sr. Bullón hizo después un detenido estudio de problema de la educación nacional, reconociendo que en los últimos años se ha introducido algunas mejoras, sobre todo en la enseñanza primaria.

Ha llegado la hora—dice luego—de emprender una obra decisiva de transformación cultural de España por que la guerra europea plantea a todos los pueblos la urgencia de intensas reconstituciones. A la luz de la inmensa tragedia, como a la luz de un relámpago, hemos visto el estado de nuestra indefensión militar, que ha provocado una reacción salvadora, de la que han sido fruto las reformas militares, necesitadas todavía de ulteriores complementos.

Igualmente las repercusiones económicas del conflicto mundial han inspirado una más intensa política económica de nuestra patria. Pero reformas económicas y militares serán estériles sin una intensa vigorización de las energías nacionales, que sólo puede lograrse mediante la acción educativa.

Por otra parte, ya está preparado el terreno para la gran reforma pedagógica por los estudios y tanteos de los últimos años. Pasó la hora de los ensayos; es la hora de las soluciones.

La obra a realizar

Y esta gran obra de reconstitución pedagógica de España se resume, a mi juicio, en tres empeños capitales: un